

El Concepto de Acción en la Filosofía de William Shakespeare: Una Lectura Arendtiana de Enrique V

The Concept of Action in William Shakespeare's Philosophy: An Arendtian Reading of Henry V

Elena Laris González Montesinos*

Fecha de Recepción: 26/09/2024

Fecha de Aceptación: 13/12/2024

Resumen: *El presente artículo tiene como objetivo presentar una lectura intertextual de la obra literaria Enrique V de William Shakespeare que sintonice con la teoría de la acción postulada por Hannah Arendt. A lo largo de sus párrafos, se pretende destapar ciertas prácticas de argumentación filosófica que se presentan en el actuar de algunos de los personajes de la obra renacentista y que se corresponden con conceptos típicos del pensamiento político y antropológico de la filósofa alemana del Siglo XX. Inspirado en una noción general de análisis literario intertextual y partiendo de su afinidad con la idea de Arendt de que aún hay ciertos fragmentos del pasado que pueden ser útiles para lidiar poéticamente con el mundo posterior (Dahlgren, 2006, p. 38), el texto realiza una labor de análisis y relación que identifica algunas de las actitudes filosóficas subyacentes a la obra de teatro.*

Palabras clave: *Enrique V – acción – producción – Hannah Arendt – Shakespeare – lectura intertextual*

Abstract: *The present article aims to present an intertextual reading of the literary work Henry V by William Shakespeare that is in tune with the theory of action postulated by Hannah Arendt. Throughout its paragraphs, it is*

* Licenciada en Filosofía por la Universidad Iberoamericana Ciudad de México (UICdM) y Maestra en Historia del Arte graduada con honores (UICdM). Actualmente es profesora de asignatura del Departamento de Reflexión Interdisciplinaria, en donde imparte materias relacionadas con antropología filosófica y teoría estética. ORCID: **0000-0002-4893-270X**. Correo electrónico: **elenalaris1@gmail.com**

intended to reveal certain practices of philosophical argumentation that are presented in the acting of some of the characters of the Renaissance work and that correspond with typical concepts of political and anthropological thought of the German philosopher of the twentieth century. Inspired by a general notion of intertextual literary analysis and starting from its affinity with Arendt's idea that there are still certain fragments of the past that can be useful to deal poetically with the world after (Dahlgren, 2006, p. 38), the text performs an analysis and relationship work that identifies some of the philosophical attitudes underlying the play.

Keywords: *Henry V – action – production – Hannah Arendt – Shakespeare – intertextual reading*

La conceptualización de las actividades humanas gira en torno a los motivos por los cuales estas se ejecutan. Según Hannah Arendt, para identificar estos motivos, las preguntas centrales que se deben de hacer son la de qué es lo que se busca lograr con su puesta en práctica, si es que se tiene un objetivo específico, y, sobre todo, la de que aspectos de tu identidad se revelan con su ejecución (Arendt, 2003, p. 202). La forma de proceder de los personajes en *Enrique V* parece proponer que las actividades humanas tienen una doble comprensión en la novela de William Shakespeare: en términos arendtianos, son vividas e identitariamente reveladas por unos como *acción* (*praxis*) y por otros como *producción*.

La acción, en tanto que actividad política que se ejerce dentro de una comunidad y tiene consecuencias sobre la vida de sus individuos, es una de las nociones recurrentes en la novela de Shakespeare, y su análisis y encarnación se encuentran presentes desde el primer acto. Además, una buena parte de los personajes que están en contacto directo con el protagonista, el rey Enrique V, se ven orillados a cuestionar y decidir qué entienden y como aplican esta noción, bien sea en relación con las decisiones que toma el rey o las que ellos mismos tienen que encarar. En este artículo me enfocaré en la disyuntiva que se presenta entre Enrique V y el arzobispo de Canterbury frente a una

hipotética amenaza política gestada en Francia.

En el primer acto, en una manifestación de preocupación por la posible aprobación real de una ley que hará que la Iglesia pierda muchas de sus posesiones, el arzobispo de Canterbury cuenta que ha intentado convencer a Enrique V, un joven monarca, de invadir Francia. Con esto busca distraerlo y enfoca su atención en el derecho que tiene a estos territorios por herencia de su bisabuelo, el rey Eduardo III. El descubrimiento de los nobles ingleses pagados por Francia para asesinarlo y el cuestionamiento burlón de su legitimidad a través del envío de unas pelotas de tenis por parte del Delfín francés, contribuyen también a la decisión de Enrique V de, finalmente, declarar la guerra, como última opción, a este reino.

En la primera parte del relato, en el diálogo entre el arzobispo de Canterbury y el obispo Ely, queda claro el beneficio que la invasión traerá a la Iglesia: anexión de más bienes y nuevos territorios puestos a su cargo. Este objetivo no le es manifestado a Enrique V y, en cambio, se le presenta una interpretación tendenciosa de la inoperancia de la ley sálica que supuestamente lo previene de gobernar sobre territorio francés. En la argumentación de Canterbury, la pretensión inglesa por la corona de Francia aparece como algo completamente legal y legítimo.

En el presente escrito me propongo resaltar, a partir de la observación de las palabras, las decisiones y de los actos del rey Enrique V, cómo en su forma de proceder desde el comienzo de la obra, el monarca vive y entiende su actividad como acción, es decir como *praxis*. Asimismo, me propongo identificar, a partir del análisis de la única escenas del texto en la que participa el arzobispo, cómo en su forma de desenvolverse, el clérigo entiende y ejecuta su actividad en el sentido arendtiano opuesto: como *producción*. Intentaré demostrar que las forma de actuar y pensar de ambos personajes se corresponden con la filosofía de la *vita activa* de la que habla Hannah Arendt en su obra *La Condición Humana*.

Perlas del pasado para comprender el mundo posterior

Nuestra concepción tradicional de cómo debe de ser leído un texto puede ser equiparada a como navegamos una biblioteca. Una biblioteca -un lugar en donde se tocan los libros entre sí y, con su yuxtaposición, pasan de ser meras obras a ser comentarios de obras- predispone con su acomodo y catalogación la lectura que hacemos de sus libros. Nuestra visita implica leer aquello que, de alguna manera, ya ha sido previamente leído para nosotros. La biblioteca, como también pasa con los museos, es a la vez un espacio de juego (en el sentido derrideano) y un espacio en el que el juego ya ha sido jugado en nuestro nombre (Grigley, 1995, p. 155). De tal manera que, cuando tomamos un libro de la sección “literatura”, “literatura renacentista” o “literatura inglesa”, tendemos a enmarcar su lectura dentro de alguno de estos paradigmas culturales o históricos. Lo mismo sucede con los libros colocados en las secciones de “filosofía”, “filosofía del siglo XX” y “filosofía política”, por decir algunas. La etiqueta bibliotecaria, en palabras de Michell Baxandall, “no describe el objeto”. Describe el pensamiento que el acomodador tiene sobre el objeto” (Baxandall, 1991, pp. 33-41) y, en mi opinión, esto ya es una forma anacrónica de pensamiento intertextual (pensamiento que relaciona dos textos históricamente independientes) en la que el movimiento del acomodador deviene texto. Esta forma hermenéutica de proceder que no necesariamente es crítica consigo misma, a mi parecer, ahoga cualquier intento de leer las obras desde otras variantes pues no reconoce, en palabras de Derrida, la fragilidad del marco en tanto que es construcción humana (1978, p. 85).

Si, por ejemplo, sacamos dos obras de las secciones de “literatura renacentista” y “filosofía del siglo XX” respectivamente y las *reterritorializamos* juntas en un nuevo estante, podemos, en palabras de Barthes (1967, pp. 32-51), “desanclarlas” semánticamente y reconfigurar la mirada desde la cual serán leídas. Así las etiquetas bibliográficas pasarían de ser tomadas como intimidades e inamovibles hechos, a ser percibidas como formas de interpretación (ficciones). Consecuencia de esto sería la legitimación de una lectura que se reconoce intertextual y que pone a ambos textos a

dialogar entre sí y con su acomodador. Esto es precisamente lo que busco hacer al asociar el texto de *Enrique V* de Shakespeare con *La Condición Humana* de Hannah Arendt. Con ello busco contribuir a la experiencia de peregrinación cultural de ambas obras para que, al ser re enmarcadas en un marco metodológico atípico a su contexto¹, subsistan como obras relevantes para el siglo XXI.

Ciertamente, no hay contacto entre los tiempos en los que escribió Shakespeare y los días en los que publicó Arendt. Sin embargo, como afirma Juan Bautista Farias, utilizar los conceptos de la filósofa del siglo XX como un lente para inspeccionar una obra renacentista, es valioso en el sentido en el que -al poner en diálogo textos de diferentes épocas- se exploran temas atemporales como el poder, la libertad y la soberanía, y ello proporciona claridad a nuestro entendimiento político (Farias, 2021, pp. 105-106), sin dejar que un tiempo y contexto específicos determinen excesivamente nuestra lectura del mismo. Asimismo, al relacionar dos textos aparentemente inconexos, es posible revelar aspectos que podrían pasar desapercibidos en una lectura individual. Tal es el caso, por ejemplo, de las justificaciones existenciales que subyacen al ejercicio de una política no belicosa y respetuosa del bien común (encarnadas en los actos de Enrique V y traídas a la luz a través del lente ético arendtniano), frente a aquellas que dan sustento a una política violenta e invasora (encarnadas en la lógica del Obispo de Canterbury y reveladas a través del prisma arendtniano).

Tanto *Enrique V* como *La Condición Humana* pueden ser tomadas no como entidades autónomas, sino como “objetos orgánicos abiertos” cuyos significados se construyen a partir de su yuxtaposición. Como bien afirma Alfonso Macedo (2012), dos textos de distintas disciplinas (en este caso, la literatura y la filosofía) pueden dialogar para *resemantizar* sus significados y, con ello, extraerlos de su lugar dentro de una tradición y ser releídos lejos de los márgenes de su categoría clásica. Al tejer dos textos diferentes, se construyen y reconstruyen nuevos significados, cosa que no sucede al

¹ El método intertextual de análisis literario (y posteriormente artístico) comenzó a mediados del siglo XX, primero con Mijail Bajtín en la Unión Soviética y posteriormente con Julia Kristeva en Bulgaria y Francia. Ambos entornos culturales son ajenos al de Hannah Arendt por cuestiones geográficas, y al de William Shakespeare por cuestiones geográficas y temporales.

hacer una lectura puramente histórica de ellos.

Además, la pertinencia de este análisis se basa no solo en la universalidad del pensamiento de Arendt, sino también en que la filósofa alemana manifestó en varios momentos tener conocimiento de diversas obras del dramaturgo inglés e incluso tuvo la licencia de utilizarlas intertextualmente. Las consideró lo suficientemente relevantes al momento de desmigajar sus teorías políticas, sus investigaciones antropológicas y, sobre todo, su análisis del método histórico al grado que, en el volumen *Pensado* de su obra *La Vida de la Mente* (1978, p.212), hace alusión a un pasaje shakespeariano de *La Tempestad*:

Tu padre yace enterrado bajo cinco brazas de agua;
se ha hecho coral con sus huesos;
los que eran ojos son perlas.
Nada de él se ha dispersado;
sino que todo ha sufrido la transformación del mar
en algo rico y extraño (Shakespeare, 1987).

De acuerdo con Elisabeth Young-Bruehl (1982, p.1198), Arendt afirma que estas líneas son “más concisas” de lo que ella jamás podría haber sido para definir lo que uno debe de hacer si quiere analizar el pasado en un contexto en el que la autoridad vigente no tiene el mismo dominio que tuvo sobre él. La postura de Arendt frente a la Historia se vio fuertemente influida por las decepciones que le trajo el ascenso del totalitarismo en Alemania. Como consecuencia, comenzó a rechazar que muchas de las formas del historicismo fueran adecuadas para lidiar con el mundo en el que ella se encontraba. La Historia escrita en clave de progreso, fracasaba al tratar de explicar los campos de exterminio del Régimen Nacional Socialista. La Autoridad, en forma de tradición, se encontraba rota y sin ella el pasado dejaba de ser una guía efectiva para la acción en el presente. Pero, aun así, Arendt detecta que el actor político y el individuo necesitan de alguna referencia al pasado para no perderse a sí mismos ni a su identidad, incluso si el

historicismo no puede proveerles de una (Benhabib, 2003, pp. 91-101). Es por ello por lo que se esforzó por encontrarla entre las ruinas que dos Guerras Mundiales dejaron de la autoridad “paternal” del pasado. En la descripción que hace de Walter Benjamin en *Hombres en Tiempos de Oscuridad*, por ejemplo, se puede ver de qué forma considera valioso y útil hacer uso poético del pasado, aunque le resulte “rico y extraño” como se afirma en el drama shakespeariano. El retrato que hace de Benjamin es el de un pensador que arrebató al pasado “fragmentos de pensamiento” para luego reunirlos y transformarlos, en tiempo presente, sobre sí mismo sin fines historicistas. En la obra en cuestión retoma casi textualmente las metáforas de la cita shakespeariana que menciona en *La Vida de la Mente* y lo figura como:

...un pescador de perlas que desciende hasta el fondo del mar, no para excavar el fondo y llevarlo a la luz sino para descubrir lo rico y lo extraño, las perlas y el coral de las profundidades y llevarlos a la superficie, este pensamiento que sondea en las profundidades del pasado, pero no para resucitarlo en la forma que era y contribuir a la renovación de épocas extintas. (Arendt, 2017, p. 212).

Arendt ve, pues, que aquellos fragmentos de lo anterior o “perlas del pasado” son momentos que tienen un uso poético más que histórico, e incluso se vale de algunos de ellos para desglosar sus argumentos en *Sobre la Revolución* y *La Condición Humana*. De esta forma podemos dilucidar la manera en la que Arendt extrae estas líneas de *La Tempestad* de su contexto original como una “nueva y extraña” forma antihistórica (o intertextual) de leer, analizar y escribir en general sobre el pasado y sobre las obras de William Shakespeare (Dahlgren, 2006, p. 35).

Al entrecruzar los caminos literarios de *Enrique V* y *La Condición Humana*, justamente se evade la tendencia historicista de explorar el pasado para resucitar al rey Enrique V, al arzobispo de Canterbury y a los acontecimientos de la batalla de Agincourt en sus “intactas” formas originales. El ejercicio, anacrónico y poético, traslada a estos personajes y acontecimientos al siglo XX y contribuye a su renovación, tal como Arendt

aplaude que Benjamin hace en *Hombres en Tiempos de Oscuridad* con otras épocas pasadas. De tal forma que, se da cara, realidad y sustento tangible a los conceptos arendtnianos de acción y producción que, vistos exclusivamente dentro de su uso en *La Condición Humana*, pueden parecer abstractos -incluso incomprensibles- para un lector extraño al universo de la filosofía. Igualmente, se les da profundidad, sentido y relevancia política y diplomática a sucesos históricos acontecidos en un tiempo y en una tierra tan lejanos para el hombre actual como lo son el siglo XV y la Europa que transitaba de la Edad Media al Renacimiento.

La condición infantil en *Enrique V* y la acción según Hannah Arendt

De igual manera, en su ensayo “Reflexiones Sobre Little Rock” y en la descripción de la acción como algo equiparable a un nacimiento que hace en *La Condición Humana*, Arendt deja clara la relación que existe entre el acto de nacer, la maternidad, la condición infantil y la comprensión de la acción como algo vivo cuyo proceder no podemos ni programar ni prever (Arendt, 2003, p. 215). Según apunta Manuel Cruz (2003) en su introducción a *La Condición Humana* de Arendt, la acción en tanto que natalidad para esta filósofa, al igual que sucede para unos padres con un el nacimiento de su hijo, representa la capacidad humana de arrancar con una nueva historia que eventualmente se les escapará de las manos, de empezar algo nuevo, de añadir algo propio, pero aun así novedoso y nunca antes visto al mundo. Al ser Enrique V un personaje que es constantemente visto y tratado como alguien impredecible, tal como sucede según ellos con un niño pequeño, por sus interlocutores, la obra en cuestión puede, pues, ser leída intertextualmente² a la luz de la teoría de la acción de Arendt.

Usando términos como “natalidad” para explicar el concepto de acción y para

² Entiendo la *intertextualidad* como la práctica de extraer significados a partir de las conexiones entre textos de diferentes periodos, permitiendo examinar como las obras se refieren e influncian mutuamente a través del tiempo y crean nuevos sistemas de sentido al fusionarse.

describir actos cívicos, el lenguaje político que utiliza Arendt frecuentemente se apoya en tópicos relacionados con la infancia. El tema de un menor entrando a la esfera de la política es también uno de los asuntos centrales que ocupa a Shakespeare en la obra en cuestión. Para Shakespeare la inserción de un rey-infante transforma las posibilidades futuras y el espacio de la comunidad que lo recibe, mientras que para Arendt la acción tiene el mismo efecto en el tejido social. Los calificativos “joven frívolo” y “retoño” que utiliza El Delfín en la cuarta escena del segundo acto de *Enrique V* para referirse a su rival político, así como la afirmación de que “el rey es un buen muchacho” que hace Pistol en la primera escena del cuarto acto lo dejan claro. De igual manera, la mención por parte del Coro en el Prólogo del tercer acto de que Inglaterra “ha quedado bajo la vigilancia de... aquellos que no alcanzan aún la madurez”, es tan solo otro de los ejemplos que nos hace poner atención en cómo algunos de los tópicos en la obra de Shakespeare tienen una resonancia arquetípica con el trabajo de Arendt, independientemente de los diferentes contextos literarios e históricos de ambas obras.

La metáfora “natalidad” que Arendt utiliza para explicar el concepto de acción también tiene su importancia en otro de los asuntos centrales de la obra. Si exploramos detenidamente el supuesto origen del conflicto entre Enrique V y la casa real francesa, notamos que todo comienza con la interpretación de una ley que prohíbe heredar por sucesión femenina. El pecado, pues, recae en haber sido nacido de un determinado tipo de mujer y de ahí el descontrol sobre a lo que se tiene derecho.

Al dar a luz, quien lo hace tiene escaso o nulo control de cómo será y se comportará su hijo, caso que también aplica a cómo Arendt explica la naturaleza de la acción en su filosofía. La falta de control de un niño no necesariamente implica que su madre no sea responsable por lo que este hace o hará, sencillamente se refiere a que no tiene la última palabra en cómo resultaran las cosas. En terminología de Arendt, la madre es el actor y el niño es la acción. El actor no tiene conocimiento previo de en qué desembocarán sus acciones, ni de cómo serán percibidas por otros, pues estas no son de carácter volitivo, sino factico. Así lo refleja en sus obras “Reflexiones sobre Little Rock” y “La Crisis en la Educación”, por ejemplo. Lo mismo aplica al entendimiento que se tiene de la ley

sálica que causa toda la controversia en *Enrique V*. Una mujer, aunque así lo quiera, no tiene control alguno sobre un varón ni sobre sus obras, aunque sean las de su propio hijo, por lo que no se le puede confiar a su sangre la sucesión de títulos nobiliarios y mucho menos la de la corona de un reino.

El obispo de Canterbury y la noción de actividad como producción

En la Escena I del Acto Primero, tras enterarse de la resurrección de una ley que se prepara contra la Iglesia y sus bienes, el arzobispo de Canterbury expresa sus temores afirmando que “si se expide contra nosotros, perderemos la mejor mitad de nuestras posesiones, pues nos quitarán todas las tierras temporales que los hombres piadosos han legado en sus testamentos a la Iglesia.” Ante la simpatía de su interlocutor, el obispo de Ely, Canterbury se siente con la tranquilidad de expresar que recientemente ha ofrecido al rey apoyarlo con una suma mayor a la que sus predecesores han convenido para proceder con relación a “lo tocante a Francia”.

Este ofrecimiento tiene un doble objetivo: va dirigido a obtener el favor del recién coronado rey, a la vez que busca mantener la situación actual de la Iglesia intacta. Enrique V escucha favorablemente la oferta, pero la reunión es interrumpida por la solicitud de una audiencia por parte del embajador de Francia, misma que le es concedida para unas horas más tarde. En los momentos previos a esta reunión, Canterbury aprovecha para exponer al rey y a todos los ahí presentes los motivos por los cuales la corona inglesa puede mostrarse inconforme con su país vecino:

No hay otro impedimento contra las pretensiones de vuestra alteza sobre Francia, sino este, que se atribuye a Faramond: *In terram salicam mulieres ne succedant*; ninguna mujer heredará en tierra sálica. Esta tierra sálica, los franceses alegan equivocadamente que es el reino de Francia, y que Faramond es el fundador de esta ley y exclusión de las hembras. Sin embargo, sus propios

autores afirman lealmente que la tierra sálica se encuentra en Alemania, entre los ríos de Sala y Elba... y es llamada hoy en Alemania Misnia. Resulta, pues. De toda evidencia, que la ley sálica jamás hizo alusión al reino de Francia... (Shakespeare, 1999, p. 19).

El argumento de Canterbury es relevante, pues la relación de parentesco de Enrique V con los monarcas franceses le viene por sangre femenina. De ser correcta la interpretación que hace Canterbury de la ley sálica, el joven rey podría escarmentar a quienes supuestamente han tergiversado la ley para engañarlo y podría reclamar su derecho al trono franco:

Ese es el caso de los reyes de Francia hasta el día; bien que ellos colocan por delante esta ley sálica para negar a vuestra alteza sus derechos, procedentes de una hembra, y prefieren antes esconderse en una maraña de argumentos que exponer ampliamente los títulos apócrifos que os han usurpado a vos y a vuestros progenitores. (Shakespeare, 1999, p. 21).

El Delfín de Francia sabe bien esto. A través de uno de sus embajadores deja claro que su objeción a la solicitud de Enrique V de reclamar ciertos ducados se debe no necesariamente a que no tenga derecho sobre esas tierras, sino a que es aún demasiado joven y sus orgías lo hacen indigno de ser su señor. Incluso el embajador expresa que el príncipe “desea que dejéis los ducados que reclamáis...” dando a entender que su problema es el reclamo que se hace y no tanto los motivos que quizá lo justifican legítimamente.

Al abrir el tonel que ofrecen los embajadores como regalo, Enrique V – o Hal, como lo llama Shakespeare ocasionalmente- se encuentra con unas pelotas de tenis que inmediatamente son interpretadas como un símbolo de falta de madurez. Su respuesta es breve, pero puntual “decid al delfín que sabré mantener mi rango, aparecer en rey y dar plenos vuelos de mi grandeza cuando suba a mi trono de Francia.” La réplica es

sencillamente un llamado a reconocer su calidad de adulto y se intensifica cuando a esta añade que el enviado debe de “decir también a ese príncipe placentero, que su burla ha cambiado sus pelotas en piedras de cañón” atribuyéndole a la osadía del francés el origen de la declaración de guerra.

La historia continúa con la llegada de las tropas inglesas a territorio francés. Ahí tienen lugar varios sucesos, siendo el más relevante para esta lectura la batalla de Azincourt, en donde la victoria de los ingleses es inminente y el desenlace lleva a que se firme un acuerdo de paz en el cual el rey Carlos VI de Francia entrega la corona del reino a Enrique V junto con la mano de su hija, la princesa Catalina.

El texto deja claro que los verdaderos motivos del arzobispo de Canterbury no son conocidos por Hal en ningún punto. Si, en todo caso, al final le resulta evidente que la Iglesia obtuvo nuevos territorios y bienes gracias a la victoria sobre Francia, el monarca inglés jamás tiene noticia de que este era el propósito central de la llamada a la guerra que el clérigo sembró cuidadosamente en su mente.

Canterbury no vuelve a aparecer más allá de la segunda escena del Acto Primero, ni siquiera como mención en boca de otro personaje. Sus motivos quedan claros desde el principio y su campo de acción sucede en la sala en la que expone al rey Enrique V la razón por la que debe de reclamar el trono francés. Una vez expuesto su argumento y habiendo escuchado una respuesta que le favorece, sale de escena satisfecho y sin más quehacer por delante.

Es precisamente esta actitud del arzobispo de Canterbury la que permite hablar del proceder de su actividad como producción. Arendt explica que cuando se busca materializar una idea o producto del pensamiento y se eligen ciertos medios para “exteriorizarla”, “añadirla al mundo real de las cosas” o, dicho de otro modo, “fabricarla” (incluidas aquellas actividades que son medios en la medida en la que sirven para realizar algo que va más allá de ellas mismas), se está llevando a cabo una actividad productora típica del *homo faber* (Arendt, 2003, pp. 161 y 173). De igual forma, cuando lo que se exige de esa materialización es un objeto útil y de carácter durable, valioso, productivo para la posteridad y fuente de estabilidad para “la inestable

y mortal criatura que el es hombre”, dice Arendt, se está operando dentro de los parámetros productores (Arendt, 2003, p. 157). Según la lógica del clérigo, el fin perseguido es que la Iglesia conserve las tierras que ya tiene y se haga de otras nuevas. El medio que implementa técnicamente para lograrlo es la interpretación que hace frente a Enrique V de la ley sálica. Para mantener en control los bienes de la Iglesia y garantizar su durabilidad, Canterbury emplea la ley como el instrumento para la fabricación de estas propiedades y de su garantía.

Al adecuar instrumentalmente los medios que tiene disponibles al fin que persigue, Canterbury manipula ciertos objetos y actividades materiales y humanas como si fueran materias primas para fabricar y hacer tangibles los potenciales bienes de la Iglesia, a decir, un lugar con el cual y en donde educar, administrar, alimentar, vestir y albergar nuevos y viejos clérigos y fieles. Además, la fabricación de este producto en la obra teatral se hace, usando la terminología de Arendt, a partir de lo “dado de antemano por la naturaleza”: la tierra. (Arendt, 2003, p. 173). Una vez obtenido este producto y visto desde la óptica arendtiana, se convierte en instrumento “y lo usa para erigir un mundo artificial que se interpone entre [el productor] y la naturaleza” y lo hace liberarse mecánicamente de la esclavitud a la que está atada el *animal laborans* (aquel que opera bajo la lógica de la *labor* según Arendt) de satisfacer con objetividad sus necesidades básicas (Arendt, 2003, pp. 164 y 173).

En *La Condición Humana* Arendt explica que la producción de un objeto es siempre distinta a quienes lo producen y al objeto mismo. Una vez terminado el producto, el proceso de creación culmina y el agente productor queda libre del trabajo. Una de las condiciones para concebir una actividad como producción es que esta tenga un final, mismo que llega cuando el producto en cuestión ya está terminado y no requiere más de las manos del productor para continuar con su existencia (Arendt, 1995, pp. 163 - 164).

En el caso de *Enrique V* parece que Canterbury tiene clara esta exterioridad del objeto terminado respecto del agente que lo produce. Al sembrar las causas para comenzar un conflicto armado con Francia que, eventualmente, llevará a la anexión

clerical de nuevos territorios, confirma su rol como productor. Al salir de escena y no volver a intervenir de ninguna forma en esta actividad, afirma su rol como agente productor distinto al objeto que busca fabricar e, incluso, distinto a la actividad productora. Además, el hecho de que convenza al rey solo y no implicando activamente a otros personajes, embona con la perspectiva arendtiana de que la producción es atribuible a un único autor y no a una comunidad formada por individuos (Vargas, 2009, p.87).

Arendt describe la producción apoyándose del término griego *póiesis* para referirse a ella como un proceso creativo, planificado y esencialmente distinto al de *labor*. Sostiene que es una actividad humana que no está atada ni da continuidad a los procesos biológicos y cíclicos de la naturaleza (Arendt, 1995, pp. 26 y 128). La producción no es ni repetitiva ni recurrente en tanto que lo que crea lo crea en libertad y en alteridad con lo que requiere el mundo natural. Además de que no pertenece a ningún ciclo, pues llega a un punto en el que da el objeto por terminado.

En el texto de *Enrique V* este punto final y la ausencia de ciclismos pueden ser vistos en la postura de Canterbury. Una vez que se libre la guerra contra Francia, el proceso de conservación y adquisición de nuevos territorios concluirá, ya que se habrá logrado el objetivo. El arzobispo no expone preocupación por acciones futuras que deban de tomar él, la Iglesia o incluso el rey mismo para garantizar la perdurabilidad de este fin. Su planificación no muestra necesidad de ver más allá de su acto individual de interpretar la ley a favor del monarca inglés en su presencia y de ofrecerle apoyo económico para hacer la guerra.

La exposición de por qué el arzobispo de Canterbury concibe y ejerce su actividad en tanto que producción puede ser entendida si se explica en contraposición a aquello en lo que consiste la acción como *praxis* para Hannah Arendt. Para ser entendida como tal, la acción debe de cumplir con ciertos requisitos, mismos que se ven encarnados en el hablar y en el actuar de Enrique V y de su séquito. Incluso, la manera en la que varios de sus interlocutores se refieren a él, a su ejército y a su proceder en los momentos

previos al combate y en el posterior campo de batalla, contribuye a la concepción de su actividad como algo distinto a la producción, es decir, como acción.

Enrique V y la noción de acción como *praxis*

La primera referencia que nos acerca a afirmar que Enrique V entiende y vive la acción como *praxis* en términos arendtianos e, incluso, aristotélicos, la encontramos en el segundo acto de la Escena 2. Tras descubrir la traición de tres nobles ingleses que buscaban asesinarlo para evitar su arribo en Francia, Enrique atribuye a la bondad de Dios, y no a sus propias capacidades, la suerte de seguir con vida. Esta lógica carente de temor ante la incertidumbre futura vuelve a aparecer en el tercer acto de la Escena 6 cuando, habiendo ya acampado en el territorio francés de Picardía, Enrique responde al mensajero del Rey Carlos VI que, a pesar de que él y su ejército se encuentran debilitados, se abrirán camino y, aunque en ese momento no buscan batalla pues la saben inconveniente, no la rehusarán si esta fuese a llegar por iniciativa francesa. Glocester, uno de los interlocutores en escena, tras escuchar la réplica del monarca, manifiesta no creer que los franceses ataquen pronto, a lo que Enrique responde “estamos en las manos de Dios y no en las suyas” dejando clara su actitud de apertura ante lo incontrolable del devenir.

Esta seguridad en Dios o, dicho de otro modo, esta ausencia de miedo, que de alguna manera acepta la incapacidad de saber si se logrará o no el objetivo planteado inicialmente es lo que, en terminología arendtiana se conoce como *impredecibilidad de la acción*. En *La Condición Humana*, Arendt (2003, p. 215) explica que toda acción humana es impredecible en tanto que carece de fin. Cuando el sujeto se percata de que no puede conocer el alcance de sus acciones y el total de las consecuencias que se generarán a partir de ellas, está aceptando que la acción es un proceso perpetuamente abierto, infinito e incontrolable (Arendt, 2003, pp. 253 y 263), contrario a la búsqueda de control manifiesta en las acciones de persuasión del arzobispo de Canterbury. La

libertad que sella a la acción no es un fenómeno internalizado personal, como si lo es la libertad negativa según Arendt (Goyenechea, 2023, p.4) y como sucede en el caso calculador de la premeditada estrategia detrás del sigiloso acto de Canterbury. Se trata, como en el caso de Enrique V, de un “acontecimiento mundado, visible, audible... merecedor de recuerdo” (Goyenechea, 2023, p.4) y reconocimiento social, y perpetuamente abierto a lo incalculable. La acción, en tanto libre y política, trasciende las motivaciones y los objetivos de quien la ejecuta, liberando al actor de cualquier meta planteada o autoridad sobre la historia de su propia vida, y abriéndole la posibilidad a lo perpetuamente nuevo e inesperado (Arendt, 2003, p. 208).

Esto es posible porque la acción no opera bajo la misma lógica que la producción. En *La Condición Humana*, Arendt explica que quien produce lo hace como persona individual (como autor), mientras que quien actúa lo hace necesariamente en términos de comunidad “cuando las personas están con otras, ni a favor ni en contra, es decir, en pura continuidad humana” (Arendt, 2003, p. 204). Visto que en su hablar y en su conducirse Enrique no se refiere a sí mismo como un individuo sino como un colectivo (utiliza las palabras ejército, nación o grupo), resalta que su pensar y su actividad se realicen siempre en “una trama de relaciones interpersonales, en la pluralidad, cuyo rasgo distintivo es que está conformada por una multiplicidad de perspectivas únicas e irrepetibles” (Vargas, 2009, p.86).

El diagnóstico que se hace en el campamento francés en boca del Duque de Orleans en los momentos previos a la batalla de Agincourt narrados en el tercer acto de la Escena 7 reafirman la visión que tiene Enrique. Quizá la entiende en un sentido negativo, pues no atribuye su valentía a la confianza en un ser superior, sino más bien se la explica en términos de locura y necesidad (ausencia de control). Las palabras que usa para describir la empresa del inglés son las siguientes:

¡Es un loco ese rey para aventurarse de ese modo en un país desconocido!... son unos necios que se lanzan con los ojos cerrados en las fauces del oso de Rusia para que les aplaste la cabeza como una manzana podrida! Es como si le dices

valiente a una pulga porque se atreve a buscar su almuerzo en los bigotes del león. (Shakespeare, 1999, p. 53).

Lo que el Duque de Orleans percibe como necesidad, temeridad y estupidez, Enrique y algunos de sus compatriotas lo viven como espíritu de aventura. Una vez en la antesala al campo de batalla, Enrique vuelve a afirmar “Hágase la voluntad de Dios!”, a la vez que sus soldados se preparan para atacar. Lord Salisbury, otro de los presentes en el campamento inglés, sostiene “¡Que el brazo de Dios combata con nosotros! Es una partida peligrosa. Dios nos guarde, príncipes. Me voy a mi puesto y si hemos de encontrarnos en el cielo, que sea dignamente.” El consuelo que subyace a las palabras tanto de Enrique como de Salisbury al no estar obsesionados con el cumplimiento de su objetivo y, por lo mismo, de no aferrarse a la lógica de medios-fines, se corresponde con el término griego *praxis* que Arendt toma del libro I de la *Metafísica* de Aristóteles. Con este término, se refiere a una actividad que no genera ningún producto, que se realiza por sí misma y que no está ordenada a un fin externo (Arendt, 2003, p. 26). La acción es, pues, una actividad que, en su constante ser-apertura y caminar, no culmina dado que no sigue forzosamente un programa, aunque puede estar inspirada en uno (Vargas, 2009, p.86). Y si este programa no se cumple, esto no es visto como un fracaso pues siempre puede (y debe de) redefinirse según las interacciones que tenga la comunidad con este.

Tanto Lord Salisbury como el rey Enrique no ven el acto de luchar como un trabajo de producción. El golpear sus espadas en las armaduras de los franceses y ocasionar su muerte no fabrica, como si lo hace en la lógica de Canterbury, ningún bien definitivo para ellos. Por lo mismo, saben que sus actos de pelea tienen cierta inmanencia que va mucho más allá del momento y de ellos mismos. Se percibe en ambos una actitud que asume el riesgo de que los propios motivos están por ser re-examinados y quizá también re-planteados al entrar en la esfera de lo público. Es por ello por lo que depositan la confianza del resultado y su comprensión en un futuro indefinido que sólo puede recaer, según Shakespeare, en las manos y en la inteligencia

de un Dios eterno y que, en palabras de Arendt, solo corresponde a los historiadores y a los poetas descifrar su sentido (Vargas, 2009, p. 91).

Terminada la batalla de Agincourt en la séptima escena del cuarto acto, el monarca inglés confiesa al heraldo del rey Carlos VI no saber de quién han sido el día y la victoria. El enviado le responde “El día es suyo señor” y Enrique replica nuevamente en plural “Demos gracias a Dios más que a nuestro esfuerzo.” En la escena siguiente, Enrique corrige a uno de sus capitanes diciendo que debe de aceptar que es Dios quien ha combatido por ellos con su brazo. Su solicitud va encaminada a reconocer que tanto él como los ingleses son víctimas pasivas de lo que se derivó a partir de sus actos de guerra y no tanto verdaderos agentes de ello, tal como señala Arendt al hablar del carácter procesual de la acción (Arendt, 2003, p. 257). La remienda de Enrique implica que el combate y la victoria fueron meras actividades mediante las cuales se inició un nuevo proyecto. Con ellas se introdujeron nuevas perspectivas y nuevos asuntos en el horizonte del mundo y de la comunidad que, en palabras de Arendt, correrán eternamente fuera de quienes las activaron y se entretendrán en las acciones de otros hasta el fin de los tiempos (Arendt, 2003, pp. 213 y 253).

Como mencione anteriormente, al ejercer la acción, quien lo hace, acepta implícitamente estar participando en un proceso plural, infinito e impredecible, cuyo desarrollo y devenir no puede controlar. Solo la plena experiencia de la acción dice Arendt, “puede conferir a los asuntos humanos fe y esperanza” frente a la incertidumbre futura, a diferencia como hicieron los griegos al colocar estas capacidades “dentro de los males de la ilusión en la caja de pandora (Arendt, 2003, p. 266). Al detonar la acción, el agente, en este caso Enrique V, se enfrenta a lo desconocido y, como se puede ver a lo largo de toda la obra teatral, no tiene certeza de que sus intervenciones llevaran a los ingleses a la victoria. Aun así actúa y su valentía implica la disposición a arriesgar su propia vida, cuestión que Vargas (2009, p. 104) considera un componente implícito de una actitud típica de quien ejerce la acción así como la entiende Hannah Arendt. El sigilo de Canterbury, por el contrario, nos habla de un personaje celoso de sus intereses personales que se preocupa temerosamente por sobrevivir para llegar, aunque sea en

solitario, al futuro. Según Arendt, una acción es virtuosa en tanto que busca la gloria colectiva y no el beneficio personal, y en eso se distingue de la producción que, en palabras de Julio Cesar Vargas (2009, p.104), encierra al individuo en la oscuridad de la esfera privada, de la vida familiar, personal o empresarial y lo aleja de la preocupación genuina por los otros.

Las intenciones de Canterbury expuestas al principio de la obra se sostienen en la seguridad que las capacidades humanas le proporcionan. Esta seguridad, en mi opinión, es falaz ya que nada ni nadie le garantiza que las tierras que la Iglesia adquiera permanecerán en su poder, ya sea institucional o personal. Esta falsa seguridad lo lleva a no considerar en absoluto cualquier intervención en la vida de la comunidad que no les genere un beneficio directo a sus intereses privados. ¿Para que velar por el mundo si, en términos de la acción arendtiana, este no tiene garantías pues ve con ojos favorables la incertidumbre del devenir futuro? La diferencia entre Enrique V y el clérigo recae, pues, en la actitud que cada uno elige tener frente a la impredecibilidad y el futuro. Mientras que el monarca muestra confianza en su avanzar pues se sabe acompañado por su ejército hacia el devenir histórico, el clérigo le teme y, tácitamente, lo quiere controlar e incluso maquilar como haría un artesano con la creación de un producto.

Conclusiones

Inspirándose en la noción de "perlas del pasado" de Hannah Arendt, el presente escrito realizó un ejercicio de yuxtaposición intertextual entre su obra del siglo XX, *La Condición Humana*, y la obra del siglo XV de William Shakespeare, *Enrique V*. Esto con el objetivo de traer a la luz significados subyacentes que, de otra forma, no surgirían de una lectura aislada de ambos textos. Al yuxtaponer ambas obras, se evidenció cómo las nociones de poder, libertad, guerra y política se transforman y redefinen a través del tiempo, en diferentes contextos y a través de distintas personalidades.

El análisis realizado pone de manifiesto una conexión profunda entre la concepción de la acción como natalidad, según Hannah Arendt, y la representación del rey Enrique V en la obra de Shakespeare. La figura del joven monarca encarna la idea de un nuevo comienzo, una ruptura con el pasado y una afirmación de la capacidad humana para iniciar nuevos cursos de acción, tal como defiende la acción arendtiana. Enrique V actúa y piensa de acuerdo con la noción aristotélica de praxis, tal como la interpreta Arendt para posteriormente conectarla con la noción de natalidad. Su compromiso con la comunidad, su disposición a asumir la responsabilidad de las consecuencias no previstas de sus actos y su visión de un bien común lo distinguen del arzobispo de Canterbury, cuya lógica se basa en la producción y el beneficio individual que se busca con ella según Arendt. Mientras que el rey se muestra abierto a la incertidumbre y actúa en función del interés colectivo, el arzobispo busca un control absoluto sobre los acontecimientos y persigue objetivos personales. Esta contraposición entre la acción política, entendida como una creación conjunta del mundo, y la lógica productivista, centrada en resultados tangibles y medibles, permite ilustrar de manera clara los conceptos desarrollados por Arendt. Al yuxtaponer estos dos personajes, el análisis facilita la comprensión de ideas abstractas de la filosofía política y las hace accesibles a un público más amplio.

En este análisis, se exploraron las justificaciones ideológicas que subyacen a dos visiones contrapuestas de la política: una no belicosa y orientada al bien común, y otra violenta e individualista. A través del personaje de Enrique V, hemos evidenciado cómo es posible ejercer la política de una manera que respete la pluralidad y la imprevisibilidad del mundo. Enrique V, al recurrir a la guerra solo como último recurso, demuestra una comprensión de la política que se alinea con la filosofía de Hannah Arendt. Su acción política se asemeja a un acto de fe en el sentido de que implica una apertura constante a lo desconocido y una voluntad de construir un futuro común. A diferencia de la visión instrumental del arzobispo de Canterbury, que utiliza la guerra como un medio para alcanzar objetivos personales, Enrique V concibe la guerra como una consecuencia lamentable pero necesaria, y asume la responsabilidad de sus actos.

Al contrastar estas dos figuras, se hace evidente que la concepción arendtiana de la acción política se caracteriza por su carácter comunitario, su apertura a la incertidumbre y su orientación hacia un bien común. Enrique V encarna esta visión al buscar construir un mundo en el que la pluralidad y la diversidad sean valoradas.

Por otro lado, la lectura intertextual de Shakespeare y Arendt proporciono herramientas valiosas para comprender los desafíos políticos del presente. Inclusive, puso de manifiesto su utilidad para analizar algunos de los desafíos políticos del siglo XX que interesaban a Hannah Arendt, como, por ejemplo, el autoritarismo nazi (postura gubernamental en la que había una ausencia de la libertad política tal como Arendt la concibe, destacando una libertad negativa en sentido arendtiano, donde un único gobernante, en este caso Hitler, actuaba para mantener todo el control social, político y cultural sobre Alemania). La lectura arendtiana de *Enrique V* nos ayuda a comprender el discurso y la acción política como medios para construir un mundo en común y alejarnos de la visión individualista (encarnada en el personaje de Canterbury y su visión productora de la vida), que tanto permea y daña nuestra sociedad actual del siglo XXI

Referencias bibliográficas

- Arendt, Hanna (2003). *La Condición Humana*. (R. Gil Novales, Trad.). Paidós.
Arendt, Hanna (1990). *On Revolution* (Reprint ed.). Penguin Books.
Arendt, Hanna (1968). "The Crisis in Education". In *Between Past and Future*. Penguin Books.
Arendt, Hanna (1978). *The Life of The Mind: One Volume Edition* (M. McCarthy, Ed.). Harcourt Brace Jovanovich.
Arendt, Hanna (2017). *Hombres en Tiempos de Oscuridad*. Gedisa.
Barthes, Roland (1967). "The Rethoric of the Image". In *Image-Music-Text* (pp. 32 – 51), Fontana Press.
Baxandall, Michael (1991). "Exhibiting Intention: Some Preconditions of the Visual Display of Culturally Purposeful Objects". In Karp and Lavine, *Exhibiting Cultures*. Smithsonian.

- Benhabib, Seyla (2003). The Reluctant Modernism of Hannah Arendt. *New Edition*, pp. 91–101.
- Cruz, Manuel (2003). Introducción. En H. Arendt, *La Condición Humana* (p. IX). Paidós.
- Dahlgren, Paul (2006). Reflections on a Small Island: Hannah Arendt, Shakespeare's The Tempest, and the Politics of Childhood. *Journal for Cultural and Religious Theory*, 7.
- Derrida, Jacques (1978). *La Vérité en Peinture*. Flammarion.
- Goyenechea, Elisa (2023). Hannah Arendt. La Libertad como “Hecho Mundado”. *Republica y Derecho*, 9 (9), pp. 1 – 38.
- Grigley, Joseph (1995). “Intratextuality”. In *Textualterity: Art, Theory and Textual Criticism*. University of Michigan Press.
- Junior, F., & Batista, J. (2021). Hannah Arendt and the Promises of Politics beyond Sovereignty. *Argumentos. Revista de Filosofía*, 26, pp. 105–114.
- Kuang, Xiuli (2023). Archetypal Literary Criticism and Intertextuality. *Philosophy and culture*, 5.
- Kuan, Xiuli (2023). Archetypal Literary Criticism and Structuralism. *Philosophical Thought*, 9.
- Macedo Rodríguez, Alfonso Ángel. (2012). La Intertextualidad: Cruce De Disciplinas Humanísticas. *Xihmai*, 3(5).
- Minnich, Elisabeth (2002a). Thinking with Hannah Arendt: An introduction. *International journal of philosophical studies*, 10(2), pp. 123–130.
- Shakespeare, William (2011) *La Vida de Enrique V* (M. Casillas de Alba, Trad.). El Globo Rojo. Texto original de 1599.
- Shakespeare, William (1987). *The Tempest* (S. Orgel, Ed.). Oxford University Press. Texto original de 1611.
- Stern, Fritz, & Young-Bruehl, Elisabeth (1982). Hannah Arendt: For love of the world. *Foreign affairs (Council on Foreign Relations)*, 60 (5).
- Vargas, Julio César (2009). El Concepto de Acción Política en el Pensamiento de Hannah Arendt. *Eidos*, 11.
- Vázquez, Rolando (2006). Thinking the event with Hannah Arendt. *European Journal of Social Theory*, 9 (1), pp. 43–57.
- .